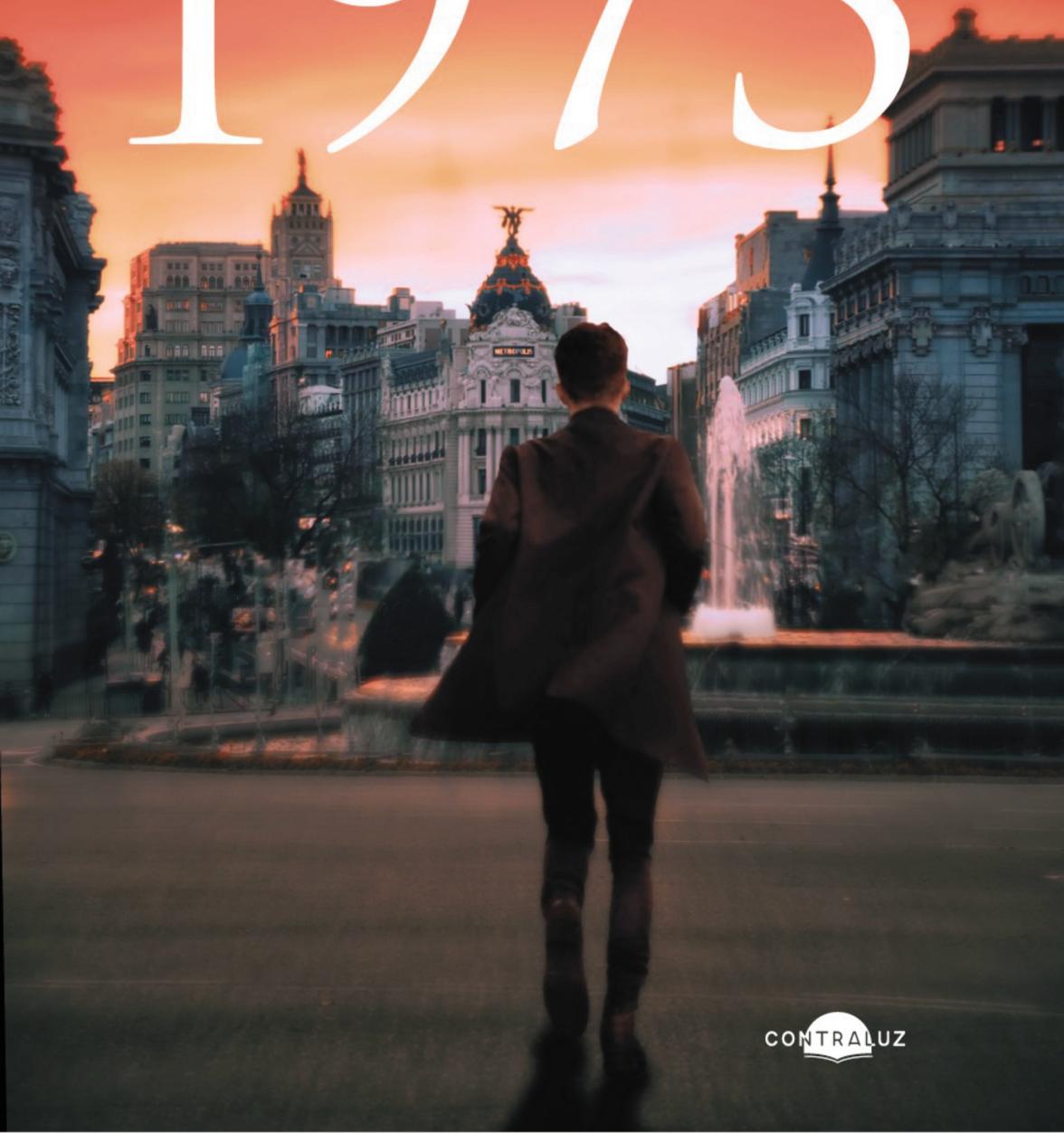


JERÓNIMO TRISTANTE

1973



CONTRALUZ

JERÓNIMO  
TRISTANTE  
1973

Primera edición: septiembre de 2025

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Diseño de cubierta: Eva Mutter

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Jerónimo Tristante, 2025

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.com](http://www.contraluzeditorial.com)

ISBN: 978-84-19822-88-8

Depósito legal: M. 12.008-2025

Printed in Spain

Quiero expresar mi agradecimiento a  
Fernando de la Cierva y José Belmonte  
por sus correcciones.



*Vera, Almería, 25 de septiembre de 1971*

Blas se despertó y miró el enorme despertador que tenía junto a la mesita de noche. Era lo único que había heredado de su abuelo. Su tictac continuo hubiera bastado para no dejar dormir al más templado, pero a él le relajaba. Era meterse en la cama, escuchar el rítmico sonido producido por aquel engendro que le amargaba la vida al sonar en los días de colegio y caer sumido en un profundo sueño.

La escuela acababa de empezar y era sábado, el verano se moría ya y, con él, las aventuras en bici, la caza de ranas o el jugar en la calle hasta las doce de la noche. Reparó en que había quedado con sus amigos para acercarse a Puerto Rey, junto a la laguna, a jugar a piratas. Había que aprovechar los días que quedaban.

Salió a la pequeña cocina donde su madre, Angustias, andaba trajinando como siempre. En cuanto lo vio, le dio un beso y le sirvió un enorme tazón de Cola Cao y galletas Fontaneda. Blas desayunó a toda prisa y, justo cuando iba a salir, escuchó a su madre decir:

—Anda, hijo, lávate la cara y péinate, que pareces un gitano.

El crío hizo lo que le decían, más por no escuchar los reproches de su madre que por otra cosa, y salió al patio trasero, apenas un corral por el que correteaban cinco gallinas entre restos de herrumbre y trastos que su padre revendía por los pueblos cercanos.

Juntos, habían encontrado un tesoro: su BH, apoyada junto a la valla de una de aquellas casas de los ricos, encaladas, perfectas. Los propietarios habían cerrado la vivienda tras las vacaciones para volver, quién sabe si a Madrid, Almería o Sevilla, o quizá a Alemania, y habían dejado la bicicleta allí tirada, seguramente porque el cuadro parecía algo oxidado. Para ellos aquella bici era perfectamente recuperable. Ni su padre, Jesús, ni él mismo, Blas, entendían que alguien pudiera deshacerse de algo así, de manera que, tras mirarse el uno al otro y sin mediar palabra, la echaron entre los dos al renqueante motocarro con el que se ganaban la vida en aquella casa. Bien era cierto que Jesús podría haber sacado unos buenos dineros por ella tras remozarla: era una BH plegable que, salvo por las manchas de óxido, parecía en buen estado; pero el buen hombre, tras pasar dos tardes lijándola, reparándola y retocando con un fino pincel la pintura, decidió dársela a su hijo. Un capricho, un delirio, pues aquella bici solo podía ser de un niño rico. Aunque el concepto de riqueza para los Ruiz era relativo, claro está.

De aquello hacía ya dos años y nadie podía imaginar la de kilómetros que Blas había hecho con aquella bici, y la cantidad de veces que había reparado pinchazos, cambiado las cámaras y arreglado los frenos. Le puso una dinamo nueva, para lo que tuvo que invertir lo ahorrado con su exigua paga y lo que ganaba ayudando a las vecinas con los recados, pero había merecido la pena. Aquella bici le permitía moverse por el pueblo con sus amigos en los largos veranos y acercarse a las

playas de Vera a bañarse, a jugar o a comprarse un polo, cuando podía. Además, siempre había algún turista ricachón que les daba una propina por cogerle la maleta o una señora extranjera que les daba unas pesetas por ayudarla con la bolsa de la compra.

Aquella mañana, Blas quitó la lona con la que cubría la bici en el patio y salió por la puerta trasera. Era sábado y, pese a ser solo las diez, ya hacía calor. Tenía un gran día por delante.

Salió pedaleando de la humilde vivienda situada en la calle Alfarerías, junto al camino que sube al Espíritu Santo, a todo lo que daban los pedales de la bici y acudió a donde le esperaban sus amigos.

No tardó en llegar al Ayuntamiento, en la Plaza Mayor, donde lo esperaban el Tomás y el Julio, que, al ver llegar a Blas y sin mediar palabra, emprendieron camino hacia la costa.

Les fascinaba ir allí y pasearse por Puerto Rey, ver cómo vivían los ricos: las casas bien pintadas, perfectas; los señores con niquis color granate o azul pálido, de marca Lacoste, descansando en sus tumbonas mientras tomaban sofisticados cócteles; los niños y niñas, siempre rubios, de buena familia, fuertes y sanos como robles. ¿Por qué los ricos eran siempre rubios?

A Blas y a sus amigos les fascinaban la indolencia y despreocupación con que aquella gente vivía la vida. Era, simplemente, asombroso, y ellos quedaban embobados viendo aquello.

Aquella era una zona de «gente bien», una urbanización creada por un belga en la que veraneaba gente de dinero e incluso algún que otro actor de cine extranjero. Blas y sus amigos nunca se pudieron bañar en su piscina, la primera que se conoció en aquella zona, y apenas entraban al supermercado del Emilio, que suplía de víveres a los extranjeros. Los chicos

se bañaban en la inmensa playa, donde había sitio para todos, o iban a los cañaverales de la laguna a coger saltamontes. Lo pasaban bien allí.

A veces miraban de lejos cómo aquellos señores jugaban al tenis —un deporte, sin duda, para gente con dinero— y soñaban con llegar a ser ricos como ellos, con tener una mujer rubia y guapa, unos hijos perfectos y veranear en Puerto Rey.

Aquel día de finales de verano, lo primero que hicieron fue llegar a la playa y darse un chapuzón. Luego, completamente mojados, se subieron en las bicis para secarse al viento y se internaron en las calles de la urbanización que, un sábado de septiembre y a las once y media de la mañana, parecía muerta, pues bien era cierto que la mayor parte de los veraneantes habían vuelto a sus localidades de origen y se intuía ya que la temporada baja había llegado.

Así iban los tres, ocupando la totalidad de la calzada circulando en paralelo y discutiendo si Charlton Heston era más o menos fuerte que Errol Flynn, cuando llegaron a una calle que no tenía salida y al final de la cual siempre daban la vuelta para volver por donde habían venido.

Pero entonces ocurrió algo.

Blas se paró de golpe. Era un crío listo; o más que listo, vivo. Con once años era más despierto que cualquier chaval de la escuela y se fijaba mucho en los detalles. Los otros, que ya se habían dado la vuelta con sus bicis, se pararon al ver que su amigo no venía y miraron hacia atrás:

—¿Qué pasa, Blas? —preguntó el Tomás con fastidio.

El otro, como ensimismado, no contestaba. Permanecía quieto, sin bajar de la bici pero con los pies en el suelo, mirando hacia la casa que cerraba la calle Altamar.

—La puerta está abierta —dijo por toda respuesta.

—¿Y? —contestó el Julio.

—Que esa puerta está siempre cerrada. Ahí viven unos franceses.

Los dos amigos de Blas se miraron como si este estuviera loco, pero él dejó la bici en el suelo y caminó hacia la puerta de la casa señalando algo con el dedo, como hipnotizado. Subió los tres escalones que daban acceso al porche de la casa y les indicó con un gesto de la cabeza que miraran la puerta de entrada a la vivienda. Junto al marco de la misma se veía impresa una mano.

—Es sangre —indicó Blas.

Los otros críos se acercaron y vieron que en el suelo había un rastro de color rojo, espeso y de olor metálico, que se adentraba en la casa.

—¡Joder! —gritó el Julio dando la vuelta para subirse a la bici. El Tomás hizo otro tanto.

—¿Qué hacéis? —preguntó Blas.

—¿Que qué hacemos? ¡Irnos cagando leches! Coge la bici, ¡vamos! —contestó el Julio. Blas, sin moverse del sitio, miró a sus amigos, miró al suelo, miró hacia ellos de nuevo y dijo:

—Voy a entrar.

—¿Estás loco? —le pareció que decía el Tomás cuando él, como movido por un resorte, ya se adentraba en la casa.

Fue siguiendo el rastro de sangre intentando no pisarlo. Parecía como si hubieran arrastrado a alguien desde el zaguán de la puerta al interior de la vivienda. Aquel rastro giraba a la derecha y Blas se vio, de pronto, en un gran salón decorado con muebles nuevos y hermosos cuadros. En uno de ellos reconoció la Torre Eiffel. Sabía, por la escuela, que estaba en París. Aquella gente vivía a lo grande.

En el suelo, junto a un sofá que parecía de cuero y que era de color beige, estaba la mujer. Despatarrada y en camisón, con las piernas abiertas. Se le veían las bragas y tenía el cuello

seccionado de parte a parte. Una masa sanguinolenta de color rojo vivo salía de su garganta. Era horrible.

Blas dio un paso atrás.

—¿Qué pasa? —escuchó que preguntaban sus amigos desde la calle. Él, paralizado, sintió que no le salía la voz del cuerpo.

Se dio la vuelta y se asomó a la cocina; nada. Se sentía como en un sueño, como si se moviera impulsado por una fuerza que lo controlaba, pero que no venía de él.

Le llamó la atención ver un magnífico frigorífico marca Kelvinator. «Qué envidia», pensó. Al fondo, en una pequeña galería, se adivinaba una lavadora que le hizo recordar a su madre estrujando la ropa y golpeándola contra el lavadero durante horas y horas mientras cantaba canciones de La Niña de la Puebla o de Pastora Imperio.

Volvió al pasillo y gritó:

—¿Hola?

Nadie contestó. A la izquierda ascendían unas escaleras y esa fuerza inexplicable que le invadía le hizo subir. Había tres habitaciones y un baño. Se encaminó hacia la que tenía enfrente; no había nadie. Dio una vuelta por el dormitorio de matrimonio. Una de las mesitas estaba volcada y la lámpara, rota. Desde el mismo se accedía a un cuarto de baño de grandes dimensiones, donde un crujido le hizo mirar al suelo para encontrarse con multitud de cristales rotos. El espejo estaba hecho añicos.

Blas supo que allí había habido una pelea y de las gordas. Imaginó que la mujer había intentado huir y había sido alcanzada por el asesino en la puerta de la casa, donde había sido degollada para luego verse arrastrada al salón.

Las voces de sus amigos se oían a lo lejos. Como si sonaran con eco. Lo llamaban, pero él parecía sumido en una suerte

de trance hipnótico. No podía hacer otra cosa que seguir mirando.

Volvió a echar un vistazo a los otros dos cuartos. En el de la derecha se encontró con el niño.

Lo habían degollado y yacía sobre la cama. No tendría más de ocho años. Los ojos, exageradamente abiertos y blancos, muy blancos, parecían salirse de las órbitas. Había una inmensa mancha de sangre junto a la almohada que había terminado por llegar al suelo.

Se dio la vuelta y vomitó.

Entonces vio la sangre en el suelo de la habitación de enfrente y, apoyándose en el marco de la puerta, asomó la cabeza. Había una niña muerta, tumbada boca abajo en el suelo en medio de otro charco de color rojo oscuro. No lo soportó más y, al fin, salió corriendo de allí a toda prisa.



# PARTE PRIMERA



## Librería

*París, 27 de septiembre de 1973*

Antes de cerrar la librería a mediodía, Julio Alsina terminó de colocar una caja llena de ejemplares de *Juan Salvador Gaviota*, obra, que, curiosamente, se vendía muchísimo. En español, sí, porque su pequeño establecimiento, poco a poco, se había inundado de títulos en castellano que la prolija comunidad española en París compraba y devoraba. Había abierto la librería con el dinero que percibió después del caso de la Tercia en el año 69, tras el que tuvo que salir de España a toda prisa protegido por las autoridades francesas. El expolicía les proporcionó una información sensible sobre una operación de los americanos que resultó ser una pifia —algo que, en cualquier momento, los franceses podrían utilizar—, a cambio de que ellos le sacaran de España y le dieran acomodo en Francia; ese fue el trato. Los americanos sabían que había quedado una copia en el despacho de un notario en un país neutral, por lo que, si algo le ocurriera, aquello se haría público.

El acuerdo entre las autoridades francesas y americanas fue firme, por lo que ni él, ni Rosa, ni Ruiz Funes, que salieron junto a él de Madrid, tuvieron que cambiar de nombre. Eso sí,

disponían de pasaportes franceses. Además, le dieron una sustanciosa compensación económica que casi en su totalidad invirtió en el traspaso de un pequeño local en Montmatre, en el número 19 de la *rue* du Mont-Cenis, y se la jugó con la librería.

Habían llegado a París en plena resaca tras los sucesos del 68 y el ambiente de intelectualidad se hallaba caldeado. Decidieron que, por discreción, debían mantenerse al margen de cualquier actividad política, aunque de inmediato entraron en contacto con la nutrida comunidad española de allí, que, en su inmensa mayoría, estaba formada por opositores al Régimen de Franco.

Alsina pensó que los libros de Simone de Beauvoir, Sartre o Milan Kundera se venderían como churros, pero, poco a poco, su librería se fue convirtiendo en un pequeño referente para tantos y tantos españoles que vivían lejos de la patria. Su obsesión por no significarse políticamente —no en vano, no debía— le vino bien al negocio, pues de inmediato vio cómo muchos de aquellos compatriotas, algunos de ellos muy izquierdistas, no consumían solo sesudos textos recomendados por la más pura ortodoxia marxista, sino, con disimulo y en voz baja para no ser escuchados, que le solicitaban novelas publicadas en España y que contaban con el beneplácito del Régimen. Cuando menos, era curioso. Alsina pensaba que, pese a que aquellos textos habían sido aprobados por la censura franquista, constituían la única oportunidad para aquella gente de enterarse de lo que pasaba en su patria, de leer lo que leían los millones de españoles que vivían subyugados por la dictadura, de sentir que no se habían ido. Además, allí, en París, tenían acceso a cualquier volumen de los que estaban prohibidos en España, de los que cualquier españolito habría dado la vida por leer a escondidas en su casa, por la noche, tras escuchar Radio Pirenaica.

Pero en Francia no resultaba tan excitante. Curiosamente, la parroquia de Alsina parecía haberse acostumbrado a disponer de aquellos libros que, quizás, al no estar prohibidos, perdían parte de su encanto.

En cualquier caso, pese a que mantenía un buen fondo de títulos en francés que vendía bien, el volumen de su negocio dependía cada vez más de los textos en castellano, de manera que su local se había convertido, sin quererlo, en una de las mejores librerías de París especializadas en textos en español. Su parroquia francesa era nutrida, no en vano aquella era una sociedad culta, muy lectora y repleta de vecinos que estudiaban español. De eso vivía Rosa, precisamente, de dar clases de español a franceses y de francés a españoles recién llegados en una pequeña academia que regentaba junto a una gallega, Ascensión, en la *rue* Lamarck.

Su amigo Ruiz Funes, pese a su ostensible cojera, había conseguido un empleo en Galerías Lafayette que le permitía llegar a final de mes y alquilar un minúsculo apartamento no lejos de los Campos Elíseos. Solía comer con ellos todos los domingos y había apadrinado a la primera criatura de la pareja, Julito, que ya rondaba los dos añitos.

—Cierra tú —le dijo Julio a Iñaki, su único empleado, un joven vasco de diecinueve años que parecía haber huido de San Sebastián con lo puesto y que, como ellos, no quería saber nada de política. Rosa y Alsina suponían que debía de haberse visto metido en algún asunto relacionado con la ETA del que nunca más quiso saber nada.

Tras dejar atrás la puerta verde de madera que daba acceso a su establecimiento, Alsina se encaminó hacia la Brasserie de Pedro, en la misma calle, donde todos los días, como un reloj, tomaba un vermú en unas mesitas que daban a la calle, no muy ancha. Era la *rue* du Mont-Cenis, extraña y llamativa a los ojos

del librero: era una calle con tránsito rodado en un tramo y peatonal en el otro, con unas empinadas escaleras que te hacían ir perdiendo poco a poco altura hasta que, al final de la misma, se hallaba el edificio donde Rosa, Julito y él vivían. Estaba enteramente empedrada y los edificios que la jalonaban le parecían muy elegantes, con un aire a veces decimonónico, a veces casi modernista. Aquello era mucho más bonito que España. Y más limpio. Y todo funcionaba mejor. Y los sueldos eran magníficos.

Cuando llegó al bar que tanto frecuentaba, regentado por un español que, en su tiempo, fue de la CNT/FAI, se encontró con que Ruiz Funes le aguardaba sentado.

—¡Dichosos los ojos, Joaquín! No te esperaba aquí —exclamó Alsina.

—Me han dado el día libre; me sobran unos cuantos de las vacaciones y, aunque me los quiero coger en Navidades, quería hacer unos papeleos en el banco.

Alsina tomó asiento junto a él mientras veía de reojo cómo Pedro, el tabernero, sacaba ya su vermú rojo, de Reus, que le traían personalmente.

—¿Cómo van las cosas? —dijo Ruiz Funes de sopetón.

—Pues bien. Me siento imbuido por cierta sensación de rutina que me encanta. La librería funciona, la academia de Rosa es rentable y disponemos de unos ingresos más que razonables para vivir. Sin holguras, pero cómodamente.

—¿No te aburres?

Alsina se conservaba bien, tenía una abundante mata de pelo que se arremolinaba, curiosamente, en un flequillo rebelde que a muchos les recordaba al de Jesús Hermida. No había ganado peso y las sienes comenzaban a clarear. Llevaba un bigote tupido, a la moda.

Tras la pregunta de su amigo, apuró un trago del vermú y se encendió un Gauloises con parsimonia, como dejando pa-

sar el tiempo a propósito. Exhaló el humo de la primera calada y contestó:

—Sabes que no. Ya vivimos bastantes aventuras en España. Salimos de allí por patas y salvamos el pellejo de milagro. Solo aspiro a tener una vida tranquila, Joaquín, a que cada día se parezca, milimétricamente, al anterior. Quiero estar con Rosa, con mi hijo, verte a ti, salir a comer o a cenar fuera algún viernes noche y punto. —Ruiz Funes sonrió con sorna, así que Alsina añadió—: Sí, lo sé: tú prefieres tu vida de soltero que se mueve por el centro y va a locales nocturnos. Una conquista tras otra.

—Pues mira, anoche, precisamente, conocí a alguien interesante.

—Vaya.

—Es abogado, y de prestigio.

—¿Puede ser el definitivo? —preguntó Alsina a sabiendas de que su amigo iba de hombre en hombre para llenar el vacío que dejara el forense, el amor de su vida.

—Quizá —contestó Ruiz Funes—. Pero es un tiarrón de escándalo, alto, grande y fuerte; le trae un aire a Clark Gable.

Los dos rieron la ocurrencia.

—¿Te quedas a comer? A Rosa le darás una alegría.

—Lo prefiero. ¿No te has preguntado por qué vengo yo a mediodía?

—Porque yo cocino por las noches mientras Rosa está en la academia.

—Exacto, querido, exacto. No aguanto tus tortillas, tan secas e incomedibles.

Alsina pagó la cuenta y echaron a andar cogidos del brazo. En ese momento, sintió que algo no andaba bien. Tuvo el presentimiento de que los observaban, de que los seguían. Una sensación que conocía bien, que le hizo revivir su pasado

como agente de la ley. Se giró de golpe y vio que un viandante vestido de oscuro desaparecía tras la esquina de la *rue* Paul Féval. Ladeó la cabeza y sonrió pensando que, a veces, la mente le jugaba malas pasadas.

★ ★ ★ ★ ★

Después de comer, Alsina se echó una siesta mientras Rosa y Joaquín alargaban la sobremesa tomando un café. Tras un sueño reparador, se lavó la cara, se despidió de su amigo y de su mujer, y se encaminó hacia la librería. Fue en mitad de uno de los tramos de escalera que había en la *rue du* Mont Cenis cuando volvió a tener esa desagradable sensación.

¿Lo seguían? Se paró en seco y dio la vuelta. Un hombre alto, vestido de oscuro, subía tras él. ¿Sería el que había visto desaparecer tras la esquina durante el aperitivo? Alsina echó un vistazo hacia abajo, hacia el final de la calle, como el que espera a alguien, y el otro pasó junto a él caminando de la manera en que lo hacen los que se encuentran muy ocupados y van con prisa, sin pararse ni a mirar. Inclino, eso sí, la cabeza a modo de saludo.

Se trataba de un tipo con la tez muy blanca, de pestañas y cejas rojizas, alto, de unos treinta años y vestido a la moda inglesa, como si fuera uno de esos jóvenes de las playas de Brighton, los *mods*: pantalones de pitillo cortos en los tobillos, chaqueta estilizada y camisa blanca con corbata negra, muy fina. Llevaba un sombrero fedora, negro y de ala muy fina, como si fuera un miembro de uno de aquellos grupos de pop que tan mal se llevaban con los *rockers*.

Quedó parado, dejando que aquel hombre siguiera su camino subiendo las empinadas escaleras, y convino que no,

que aquel tipo no podía ser, ni de lejos, un espía o un sicario enviado por los americanos, pues vestía demasiado a la moda europea.

★ ★ ★ ★ ★

A eso de las seis de la tarde, quedó solo en la librería, pues Iñaki había salido a tomar café con una joven francesa que acudía mucho a verle. Era obvio que estaba interesada en el joven vasco, por lo que Alsina no pudo evitar esbozar una sonrisa y ladear la cabeza al recordarse a sí mismo con aquella edad y con la misma ingenuidad.

¿Cuántas oportunidades así dejó pasar? Unas cuantas, eso seguro. ¡Qué tonto e inexperto era! Supuso que el chaval se daría cuenta en algún momento. Si no, tomó nota mentalmente, se lo haría ver él mismo. Iñaki tenía que espabilar. Estaban en París, la ciudad del amor libre y las francesas, a Dios gracias, no eran como las españolas.

Se dedicó a colocar algunos libros en sus respectivas estanterías. Era una tarde tranquila, de poco movimiento y eso le relajaba. De repente, sonó la campana de la puerta de entrada y giró la cabeza: era el tipo de las escaleras.

Ahí supo que sí, que algo pasaba, a pesar de la tranquilidad que le había aportado su deducción hacía solo un rato. Como buen policía, no creía en casualidades, y era la tercera vez en pocas horas que se encontraba con ese tipo. De hecho, este había pasado a la acción descaradamente entrando en su establecimiento. Instintivamente, dio un paso a la derecha y metió la mano bajo el mostrador, donde, en su primera época en París, había tenido una Glock sujeta con cinta adhesiva.

No estaba. La guardó en el trastero hacía más de un año.

Recordó que él mismo lo había decidido así y Rosa estuvo de acuerdo. Ya no se sentían amenazados y no pensaban que pudiera haber represalias por lo que habían hecho en España en el 69. Aquello era agua pasada. ¿O no?

El recién llegado llevaba las manos en los bolsillos, lo que a Alsina le resultaba una postura poco amenazante, ya que en unos pantalones tan ajustados era imposible ocultar un arma. Atento por si tenía que arrojar al suelo para esquivar una bala y mirando a su alrededor buscando algún objeto contundente, preguntó en francés:

—¿Qué desea?

El otro, con voz muy tranquila y con mucha calma, sin hacer ademanes violentos, contestó en español:

—No se asuste, señor Alsina, vengo a hablar con usted de un asunto importante. No tiene nada que temer, solo queremos consultarle sobre un caso.

Alsina, sin dejar de mirar alrededor para buscar un abrecartas o unas tijeras, repuso:

—¿Queremos?

El desconocido sonrió quitándose el sombrero. Su pelo rojo como el fuego resultó llamativo a Alsina. Era un yanqui de manual.

—Sí, queremos. He hablado en plural.

—¿Y quiénes son ustedes?

—La agencia.

Alsina puso cara de pocos amigos. La CIA otra vez. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Viejas sensaciones del pasado.

—Sí, lo sé —contestó el americano—, tenemos un compromiso con los franceses de no molestarle, pero les hemos pedido permiso y han autorizado este contacto. Llame usted a Plantard si lo desea. Me llamo Epstein.

¿Cómo sabía aquel tipo lo de Plantard? ¿Sería verdad que habían pedido permiso a los franceses? ¿Por qué aparecía de nuevo la CIA en su vida?

La campana de la puerta tintineó: era Iñaki. Epstein sonrió y dijo:

—Mire, esto es lo que haremos: ahí enfrente hay un café. Llame a su hombre y, si lo ve correcto, salga y tomaremos algo. Solo queremos, como digo, hacerle una consulta.

Y, dicho esto, se colocó el sombrero, saludó a Iñaki con una inclinación de cabeza y salió de la librería.

Alsina ya se había dado la vuelta y, sin decir nada, se encaminó a la trastienda. Marcó el número que se sabía de memoria y escuchó una voz al otro lado que contestaba en francés.

—Alsina —dijo él. Silencio.

Plantard contestó:

—Han ido a verte, ¿no?

—Sí.

—No temas, es un contacto autorizado.

—Pues podíais haberme avisado. Me he llevado un susto de muerte.

—Iba a hacerlo esta misma tarde, pero, por lo que veo, se han adelantado.

—Y tanto.

—Parece que les corre prisa.

—¿El qué?

—Quieren consultarte algo.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. Es cosa de las altas instancias.

—¿Cómo? No entiendo.

—Julio, han autorizado el asunto desde arriba, así que tómate un café con él y escucha. No hay peligro alguno. No pasa nada.

—No lo veo tan claro.

—Van de buenas.

—¿La CIA?

—Los mismos, sí, «la Casa». Te necesitan para algo de España, pero insisto en que desconozco de qué se trata.

Alsina supo que no le quedaba otra que tomar ese café. Además, estaba intrigado. ¿Qué tenían que consultarle los americanos a aquellas alturas?